Soledad Castresana

carneada

Alción Editora

Soledad Castresana

carneada

Alción Editora

Soledad Castresana

carneada

Soledad Castresana: Carneada

Córdoba - 2007

ISBN: 987-1359-18-7

ibuk
Biblioteca de Poesía

comportamiento animal

I

Mi sexo mandaba señales a los sentidos
a mis espaldas mi sexo
rebalsaba a los costados.
Yo frotaba las muñecas entre sí.
Orgías de peluches.

Los caballos copulaban como los perros
y los novillos montaban novillos
para mirar más lejos.
Parece que desde corral
no se ve hacia afuera.

Los eucaliptos se restregaban
contra los hongos contra los musgos.
Las violetas rastreras,
contra la puerta de la capilla.
Las campanas sonaban
a sexo a mis ojos.

Entrábamos en puntas de pie
para que el cristo
desnudo en la cruz

no levantara los ojos.

II

Terneros, temblores y gritos,
sangre entre las patas,
tachos rebosantes,
nostalgia seminal.

Las venas se volvían más violetas con la noche.
En la cena había huevos de ternero.

Todos comían con avidez.
La potencia animal los animaba.
Todos estaban hambrientos.

Yo prefería los corderos.
Orgías de balidos y peluche.

III

Crin Dorada cerró el relincho
en el pecho erecto, las patas cortas,
los vasos salvajes. La polvareda
sobre peones y chicos y moscas.

Con la furia del grito trabado
en las espumas de la boca
—garganta que no sabía frenar—
se tragó sus huevos y corrió.

Alambrados, pastos puna, osamentas.
El galope maldecía los filos y las manos.

Mi sexo fosforescía a los cuatro vientos.
Yo pensaba en Crin Dorada. Soñaba montarlo.

debajo del cuero

advertencia a los que se pierden por deseo

para no llorar
Capitán prefirió
que le arrancaran el ojo

moscas verdes
le copulaban la cuenca

yo sí lloraba

papá se acercó
con la navaja

el ojo era chiquito
en su mano de héroe

el perro no se movió

sostuvo la mirada del filo
mordió el aullido

nunca dejó que le taparan el hueco

trampa para cazar caballos

en el suelo
una costra de maíz azul
sobre los granos
cae un potrillo

una espuma violeta
le corona el belfo
la hinchazón anestesia los ojos
atraviesa el barbijo

hay que quemar el aire
para evitar el contagio

la noche se ilumina
de relinchos
y no hay música
para acompañar el fuego

los caballos saben
cuando van a morir

pero no conocen
el color del veneno

sombra

una oruga de fardos de alfalfa
resiste el afán incendiario
de la siesta

nos refugiamos
en el tanque australiano
flotamos
en el sordo hechizo
de las abejas

a veces la sed desespera la piel
nos quema el alivio

cuando baje la fiebre del aire
perfumados de higos
subiremos la tarde
hasta los árboles

esperaremos
mareados y calientes
que la noche detenga

la sangre de las víboras

cuando acabe la luz
nos quedaremos sin agua

un entierro

todas las noches
encerrábamos a los charitos
en el gallinero

una mañana cedió el tejido
y un revoltijo de plumas
se nos pegó a los ojos

en el patio de la capilla
enterramos los huesos
las patas los picos
hicimos guirnaldas de flores
sobre las tumbas
clavamos cruces
de varillas y alambre

las manos cubiertas de ampollas
rezamos
lloramos

más tarde sacamos las cruces
y las usamos de espadas

tótem

el sol exprime las sombras
un niño acecha
entre los pliegues del bosque

por el tajo que le abre el costado
respira una liebre
le quema la carne debajo del cuero

hay que curar
para siempre
al que sufre

cada golpe retuerce
cada músculo
contraído
se estira

arden las axilas
la espalda se moja

un susurro de gusanos

sacude las raíces del pasto

el hocico se dilata
pero el aire ahoga
cuando la sangre
invierte el camino y se ensucia

queda la piel empapada
la carne molida debajo del cuero

el niño deja el palo
corre a la laguna

se esconde del sol
como del ojo de la siesta

la suerte del que come

un pollo salta
va dejando sobre la arena
el rastro de sus tripas
la sombra tibia de los órganos
que insisten

cada paso lo ahueca

cuando queda vacío
huesos y plumas
cae
sobre otro pollo rendido

en un rincón del gallinero
con la cloaca del ave
todavía entre los dientes
el perro se relame

no conoce
la suerte del que juega
con la comida del amo

sopor

debajo del laurel
nos acostábamos
a mirar el cielo

las hojas y las flores
adormecen los sentidos

veíamos dragones
osos y conejos
cuando las nubes
anunciaban lluvias
y tormentas

el juego

no saques los ojos
de la sangre que brota
del costado abierto de tu cabeza

no dejes de mirar
la oreja que te cuelga
una tira de piel
en la maraña de tu pelo

si no hubieras estado sola
alguien habría escuchado
el ruido de tus huesos
si tus labios no hubieran estado
pegados a su paladar
hubieras gritado
si no hubieras sentido
sus dientes en el cuello

mirá
el perro te espera
lamiendo tu charco
para que sigan el juego

un paseo por el bosque

el galope astillaba la siesta
las ramas herían
los costados de la yegua
el caballo aplastaba violetas
caían las moras

—vos ¿te dejarías?
los párpados fijos
duros los ojos
—bajate la bombacha

ella
que todavía
no llegaba a los estribos
no dijo nada
aunque las ortigas
le quemaban la espalda

las mamás

¿te acordás
de esa vez que bañamos
a los pollitos con champú?

les fregábamos las alas
y los hundíamos en el balde
para enjuagarles la espuma

¿te acordás?
los pusimos a secar al sol
sobre las lajas
piaban bajito
olían a algas marinas

uno a uno
despacio
empezaron a morir

¿te acordás?
pasamos el día
llorando a esos hijos

que no habían soportado
tanto amor

de lejos

donde los troncos
cambian a ceniza
se sostiene la ronda

una chispa es el origen
del equilibrio

pero alguien
lanza al aire un desafío
y otro
invade el centro
se inclina sobre la luz
que le cierra la frente

todo cabe en el fuego
todo toma su forma

los dedos
la piel del brazo
penetran las llamas

arde el miedo
de lejos
se huele la mano
un silencio enorme
abre los rostros
después del grito

el horizonte se revuelve
ahoga al viento
espanta a los animales del aire
huyen los que pueden correr
y se comprime el cielo como un pozo

solos
en medio de la noche
sin caballos

escena familiar

construimos una casita
en el bosque
debajo del paraíso
sobre el tronco quebrado
de un eucalipto

la decoramos con girasoles
espigas de trigo
margaritas silvestres

juntábamos moras y quinotos
hacíamos tortitas de barro
y trenzas con flores y hojas
para adornarnos el pelo

a los varones y a los perros
los mandaban al campo
entonces las chicas
jugábamos solas
a la mamá y al papá

las violetas sobre el musgo
nos servían de cama

charco en calma

arde la lluvia
si roza las rodillas
la huella de las chalas
la marca de la hoja

empecinadas las ortigas
se niegan al peso del agua
sus aguijones inquietan
el ritmo hostil de la cintura

el rebenque
lastima la calma del charco

sudor de mujer y de yegua
confunden el cuero

la hembra
de cara en el barro
busca el sentido del tacto

cerdos y gallinas

deshacen los rastros

los que se pierden (I)

llegó el día de morir
y Capitán atraviesa la orilla

desde el agua
el horizonte
es un invento del ojo

todo miente a esa hora
en que el sol y el viento
no respiran

conmovido
por la certeza del vértigo
se deja
ir hacia el fondo

los que se pierden (II)

cuando la sequía
se trague los pájaros

voy a andar sobre el suelo
olvidado de la luz
voy a recoger los huesos
nacarados
a medir sobre mi cuerpo
el largo de unas costillas
limadas por la sal

cuando reconozca
las huellas del perro
me sentaré
con una piedra en las manos
hasta que vuelva el agua

carneado

amanecer

hay que revolver la sangre
en cruz
con una cuchilla
sin parar
mientras esté vivo

el cuero es duro
es dura la grasa
es duro atravesar
clavar hondo

¿quién que ha sido capado
puede soportar sin cagarse
ver la propia sangre
llenando una olla?

el último signo vital
se registra en el ano

mientras tanto el agua
hierve en los tachos

hay que sacar los coágulos
con las manos
hay que tirarlos contra un árbol
para las gallinas
para alimentar la rapacidad
de las crías de chimangos

el susurro del filo
raspa el cuero hirviendo
el pelo cae se apelotona
con la sangraza

el hombre que abre
despliega su precisión
como si midiera su miembro

el filo es la forma de la mano
el corte convierte
al cerdo en mariposa
la sierra divide

movidas por el reflejo las entrañas
crujen como si vivieran

sobre la carretilla
catarata de vísceras y caldos

hay que lavar las tripas
hay que escurrir
borrar los restos

las gallinas enfrentan
la saliva de los perros
no distinguen lo fresco
de lo digerido

mientras tanto la cabeza
hierve en los tachos
sin ojos

el aire congela el olfato
el frío limpia

el cerebro de un cerdo cabe
en la mano de un niño de 8 años

y el cerdo se hizo carne

hay que hervir la grasa
durante cinco horas
revolviendo en círculos

sobre el tablón
separar lo que se come
del sebo
de los nervios
de los huesos

la carne no asume
su condición
resiste
todavía entibia la hoja

el que corta
no piensa
siente cómo se enfría

un parpadeo
y el filo desconoce

en la mano
se mezclan la sangre
del hombre y del cerdo

las mujeres no piensan
meten en la picadora
exprimen
empujan
manipulan lo sólido
no hablan
ablandan

y el mate pasa
de mano ensangrentada
a boca sin manchas
de mano engrasada
a boca sin dientes

y la picadora da vértigo

si un dedo cayera
lo blanco sería rosado
el dedo chicharrón

el chasquido de la máquina
las vísceras se hinchan
en las gallinas
los chimangos y los perros

el embudo encauza el instinto
las mujeres rellenan
las tripas
recobran su erección

una mano oscura
se hunde y mezcla
la grasa la sangre
la carne de cabeza

hay que revolver
en círculos
durante cinco horas
para derretir

el hombre que revuelve
no piensa
mira las burbujas
y fuma

en algunos lugares
las cosas son simples

la carne se corta

Por María Salgado: Carneada

A cambio de Es el verbo tan *frágil*, de Sandra Santana, me envías, Gabo, Carneada. Y debe ser muy especial para ti éste que recibo de retorno en contrabando, porque sé que te gustó aquel libro y la economía del *potlatch* te obliga a una subida de precio (por cierto que en el trueque de los dos nombres hay algo de anagrama) ¿Por qué? Dos notas se me ocurren para especializar este poemario en dos lugares quizás injustos con el campo que lo habita.

La primera es la exuberancia que resulta de usar palabras, las use o no, como sangre, lodo, sexo, vaca, bosque, pollo, relincho, grasa, mano oscura, erección, y ya imaginas cómo seguir la serie, cómo enfangarte en ella y rebalsar. Así comienza el libro y su regusto: *Mi sexo mandaba señales a los sentidos / a mis espaldas mi sexo / rebalsaba a los costados. Rebalsar* es el movimiento resultante de un uso sexual de términos, para caer de un lado de la lengua que guste decir las cosas, las cosas por su nombre más carnal, y que además se guste mientras se está diciendo */ moscas verdes / le copulaban la cuenca*. El uso de los nombres hacia su lado mordible y bebible es un descaro que me gusta una barbaridad; les resta pretenciosidad, los devuelve a la boca mundana aunque sigan designando a la vez grandes acontecimientos inasibles. Lo inasible, por tanto, se puede comer, qué gran manjar lo inasible, *cuando acabe la luz / nos quedaremos sin agua.*

La segunda nota está muy cerca de la primera, "fatalmente" para la reseña. Se trata del, llamémoslo así, "tema del animal". El "tema del animal fatalmente", espero no ser muy tópica en el punto, es cuando el rebalse cae de verdad y con valor al otro lado. Al fin y al cabo el animal parece, en abstracto: en tanto vida móvil, próximo a lo humano; pero resulta, en el momento carnal, oral, de contacto, lo absolutamente otro: la vida fuera. Aquí bastaría citar un toro, que pesa quinientos kilogramos y mide más que una niña. Un toro, un caballo, que corre cerca, es una velocidad *innumerable;* la sensación de su movimiento completamente distinta. ¿Qué tiene que ver su carrera con la carrera humana? ¿A dónde se dirigen tan deprisa? Y "fatalmente" viven juntos, animal y humano, y conversan y llegan a entablar relaciones no sólo de alimentación, también de pregunta, sobre todo en esa época, infancia y adolescencia, de rebalse hacia la inhumanidad como "especie de especie" que somos. Mira, acaban de poner en la radio, ahora mismo, una canción mítica de Nina Simone en la versión de The

Animals, ¿la conoces? Es la que dice: *but I'm just a soul whose intentions are good, oh no, please don't let me be misunderstood*. Réstale al alma del tema la certeza de identidad, las intenciones, la posibilidad de discernir el bien del mal, la capacidad de suplicar en el momento del dolor y la capacidad de comunicarse bilateralmente; creo que queda algo así como *just a soul misunderstood.* Un alma malcomprendida de comunicación unívoca: con un bocado: el ojo de un animal. Y piensa que *soul* es un concepto históricamente muy enrevesado, muy cargado de tinta mística y burguesa; y piensa que la malcomprensión también es una función de comunicación humana, a nuestro pesar; entonces, el uso descarado y sexual de la palabra alma (la use o no) y su mención en medio de sangre, lodo, relincho, grasa, bosque y erección de animales, la desconvierte de lo abstracto y la sumerge en parte del rebalse de la adolescencia, la erótica, la poesía, el animal.

Para otro día dejo anotado el comentario siguiente: carneada habla de una matanza. *El último gesto vital / ha sido registrado en el ano. Mientras tanto, más tráfico.*

DATOS DE LA AUTORA

Contacto: soledad@castresana.com.ar

Soledad Castresana nació en La Pampa y vivió en esa provincia hasta los dieciocho años, cuando se radicó en Buenos Aires. Desde enero de 2013 vive temporalmente en Bogotá, Colombia.

Es licenciada en Letras. Se ha desempeñado varios años como docente universitaria, investigadora y también como profesora de español como lengua extranjera. Coordinó talleres de escritura creativa individuales y grupales. Junto a Marcelo Carnero, Claudia Masin y Victoria Schcolnik creó la editorial de poesía Curandera.

Publicó los libros de poemas Carneada (Alción, 2007) y Selección natural (Fondo Editorial Pampeano 2011). Este último fue elegido para su publicación en la convocatoria provincial que organiza la Subsecretaría de Cultura del Gobierno de La Pampa.

Poemas suyos integran las antologías Poetas argentinas (1961-1980) (Ediciones del Dock, 2007),
Última poesía argentina (Ediciones en Danza, 2008) y Un libro oscuro (Bajo la luna, 2011).

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in Soledad_Castresana_Carneada.epub.

ibuk
Biblioteca de Poesia